



La Literatura y el Mal

Por Christopher Domínguez Michael

Roberto Bolaño fue, en la más antigua y legendaria acepción del término, un poeta. No todos los grandes novelistas de estos países en ese sentido, transformándose, como a Bolaño le ocurrió, en ese hombre que refiere a la vida dispersa y al desorden le manifiesta una nueva relación de los hechos, un relato entero que modifica el origen y el sentido, si lo hay, de esa aventura humana a la que se confía una comunidad de recuerdos, de locos, de una defensa, que habría de ser la última de su vida. Bolaño creó toda una literatura, donde sus modestos relatos, sus cuentos confesionales y sus poemas perfectos, novelas cortas, más aún los hospitalarios refugios dispersos en la ruta de ascensión hacia esa deliriosa droga están los detectives «salvajes» (1998) y 2666, libro póstumo después de cinco novelas en un solo tomo. Una vez en las cumbres, como el profesor Lidenbrock y sus sueños ante el cráter del volcán Soufflés de Islandia, el lector deberá descender hacia el centro de la tierra.

No es un dato menor que Bolaño haya muerto a los cincuenta años de edad en 2005: estamos ante una obra enorme. Joseph Brodsky, otro gran escritor poco comentado y que al contrario que Bolaño desconfiaba de la capacidad de la prosa para contener la poesía, dejó unos libros que no puedo sino citar: «Por alguna razón, la expresión le muere de un poeta suena siempre de manera más concreta que vida de poeta, quizá porque vida y poeta, como palabras, son casi sinónimas en su positiva vaguedad, en tanto que muerte - incluso como palabra - es agudamente tan de fondo como la propia producción de un poeta, es decir, un poema, el negocio principal del cual es su último ver-

so. Ser lo que fuera una obra de arte, propende a su final, que contribuye a su forma y niega la resurrección. Después del último verso de un poema no hay nada, salvo la crítica literaria. Así pues, cuando leemos a un poeta participamos en su muerte o en la muerte de sus obras».

En ese punto podemos introducirnos al primer círculo descendente de 2666. «La parte de los críticos» cuatro profesores empujados lo más que de Benito von Archimboldi, novelista alemán cuyo prestigio internacional se ve acortado por una desaparición de varias décadas, ausencia física que priva a su obra del respaldo mediático, político o moral que su figura pública debería otorgarle. «La parte de los críticos» es una burla elegante, mediante una narración sin pausa, de la rutina comercial y académica de la República Mundial de las Letras, de sus ritos y coloquios, de sus estrechamientos (molinos aéreos, del mercado editorial y de quienes viven para alimentarlo o destruirlo. Era necesario llevar al cuarenta de críticos - a su vez entreverados críticos y profesionalmente entre sí - a Santa Teresa, trasunto de Ciudad Juárez, sitio que Bolaño ha colocado como punto ciego del universo.

Quien haya leído a Bolaño se encontrará con una versión, satirizada y cosmopolita, de la materia que da vida a Los detectives salvajes: la confianza casi mágica depositada por el autor chileno en el grupo, la camarilla juvenil, esa comunidad literaria en the road que hace del viaje sentimental su propia educación, la decisiva. Los profesores, empujados, no están solos. Es tanto que administradores de la vanidad literaria deberán confrontarse, noche a noche y de hotel en hotel, con la rutinaria presencia de lo crítico, de esa otra

voz que a través de los escritos los perviene de la fugacidad de su empresa. Y el mismo Benito von Archimboldi, en hechos genuinos del que en ese momento poco sabemos, es (y así lo corroboramos en la quinta novela) más que la presa que los críticos quisieran levantar como trofeo, un detective salvaje elevado a la potencia. Si los infrahumanos mexicanos que inspiraron al primer Bolaño no eran simpáticos (ni buenos escritores) como tampoco fueron una u otra «los losintopos o los Huidobros del romanticismo francés de los que Mario Poir se burlaba, poco importa, para lo que de ellos queda es la voluntad del grupo literario concebido como banda de forajidos y escuela de iniciación. De igual forma, Benito von Archimboldi representa a un personaje que la literatura del siglo XX había intuido (pienso en Jean Cocteau, en Roger Vailland, en René Dural) pero sólo en Bolaño ha alcanzado a presentarse de cuerpo entero, el vanguardista como libro clásico.

«La parte de Amalfitano», segunda novela, deja ante el lector de la comunidad para hacer el retrato de un solitario, un profesor chileno abandonado en Santa Teresa no tanto a la mano de Dios sino a las voces nocturnas de Schopenhauer y a los salvajes criminales contra los indígenas en la frontera mexicana con los Estados Unidos. Amalfitano, en una de las numerosas imágenes memorables que pueblan 2666, entrega al viento, en el tendido de la ropa mojada, un ejemplar de «El testamento póstumo» de Rafael Dieste. Ese gesto - en la más propiamente chilena de las cinco novelas - me dice mucho. El culto a la velocidad cinematográfica y al cine negro en Huidobro, los anti-

poemas de Nicanor Parra, las fabulas pánicas de Alejandro Jodorowski, el poema instantáneo en Enrique Lihn y otros precedentes nuevos previsiones, permitieron que Bolaño proyectase, como ningún otro escritor latinoamericano contemporáneo, a la vanguardia como clasicismo y a los vanguardistas como relevos de Ulises, de Jasón y de los argonautas, de Funes.

Por eso esta segunda novela está dispuesta especialmente para que Amalfitano y su hijo nos introduzcan en la atmósfera de irrealidad y seriedad de Santa Teresa que se irá volviendo de casi intolerable lectura en «La parte de los críticos». Antes, «La parte de Funes» es el homenaje que Bolaño rinde a la decisiva influencia de la cultura estadounidense en su formación, a través de las figuras freudianas del periodista negro, del predicador, del imposible militante del Partido Comunista en Brooklyn y del novio, tan profundamente norteamericano, de las teorías de la conspiración. Otra vez Bolaño es excepcional: ningún otro escritor latinoamericano (y acaso solo Cormac McCarthy entre los norteamericanos) ha entendido la densidad simbólica de la frontera como él. El dibujo minucioso y sangriento que Bolaño hace de Santa Teresa condensa el trabajo de tantos narradores mexicanos (y hasta españoles) sobre la frontera a ser, en el mejor de los casos, periodismo y en el peor, folclorismo de la miseria. Lo mismo ocurre, como veremos, con todos aquellos que quieren parodiar la literatura de guerra y violencia de entreguerras. La aparición de un gran escritor impone que otros renunciemos a la palabra. De esa implacable selección natural está hecha la literatura.

La literatura y el mal [artículo] por Christopher Domínguez Michael.

Libros y documentos

AUTORÍA

Domínguez Michael, Christopher, 1962-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La literatura y el mal [artículo] por Christopher Domínguez Michael.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile